

hay que destacar que la bibliografía general referida al final del libro está, amén de bien seleccionada, muy actualizada.

Respecto a la «laguna», si así puede llamarse a esta cuestión menor, creemos que el destinatario al que está dirigido este trabajo, alumnos de filología de primer ciclo, (al igual que buena parte de los trabajos que forman la colección TEXTOS DE APOYO, a la que pertenece el libro que reseñamos) puede verse superado en varios pasajes del libro. Aunque el profesor Bosque intenta siempre allanar e incluso dejar de lado aquellos aspectos que pudieran hacer más difícil la lectura a un estudiante de primeros cursos, no puede evitar en ocasiones dar saltos a los que quizás el lector no llegue. A pesar de esto, de utilísimo cabe calificar este trabajo tanto para el docente, que encontrará valiosos materiales para ejercer su función, como para el estudiante, quien a buen seguro verá estimulada su sensibilidad lingüística con la lectura de este libro.

Ramón González  
Universidad de Navarra

BERCEO, Gonzalo de, *Obra Completa*, Isabel Uría (coord.), Madrid, Espasa Calpe, 1992, 1091 pp.

Por iniciativa de Claudio García Turza y bajo el patrocinio del Gobierno de la Rioja, se publica en un solo volumen, en la digna presentación de la nueva serie de «Clásicos Castellanos», la obra completa de Berceo. Se trata de una edición colectiva: cada texto es editado y anotado por un especialista, que ha redactado también una breve nota introductoria. Es acertada y hace más cómoda la lectura la disposición del texto en las páginas impares y la de las notas en las pares. Se trata de anotación filológica (aspectos léxicos, históricos, geográficos, doctrinales) bastante detallada, no de aparato de variantes textuales, que no se echan de menos en una edición colectiva que no pretende ser crítica y que reúne los textos ya editados críticamente con anterioridad. En las páginas 115 y 116 se refieren las normas de transcripción que se han adoptado.

Brian Dutton edita [125-249] y comenta [117-123] la *Vida de San Millán de la Cogolla*. La *Vida de Santo Domingo de Silos* corre a cargo de Aldo Ruffinatto [251-453]. Pompilio Tesauró prepara la del *Martirio de San Lorenzo* [455-489]. La cuarta hagiografía, la *Vida*

de Santa Oria, ha sido preparada por Isabel Uría, cuyos estudios sobre dicho texto son bien conocidos [491-551]. La obra mayor, los *Milagros de Nuestra Señora* [553-795], ha tocado en suerte a Claudio García Turza, buen conocedor de la tradición manuscrita berceana. Germán Orduna edita *El duelo de la Virgen* [796-857]. Nicasio Salvador Miguel, los *Loores de Nuestra Señora* [859-931]. Pedro Cátedra prepara la edición de *El sacrificio de la Misa* [933-1033]. Por último, como corresponde al tema, *Los signos del juicio final* [1035-1061] y los *Himnos* (de los que oportunamente se ofrece en página par el original latino) [1063-1075], que han sido editados por Michel García.

Cierra el volumen una útil bibliografía general sobre Berceo y su obra [1077-1091].

Preceden a la edición de los textos cuatro estudios sobre algunos aspectos de la obra berceana. El primero es «La lengua en las obras de Berceo» [13-27], de Emilio Alarcos, quien brevemente y con gran claridad resume los aspectos lingüísticos de los textos de Berceo, que se ajustan «a una norma en esencia castellana, a la cual se suman las particularidades ennoblecedoras que aportan los latinismos y, en definitiva, su cualidad de clérigo bien impuesto en la erudición de la época» [27].

Revisa la tradición manuscrita antigua y pone de manifiesto la dificultad de establecer cuál es exactamente la lengua que emplea nuestro autor [13-14]. «El cotejo entre el conjunto de características de los testimonios más conservadores (...) y el conjunto que revelan el ms. F [códice in folio de San Millán, del s. XIV] y sus derivados, ha permitido establecer una serie de equivalencias (fonéticas, morfológicas y léxicas) que oponen dos estados de lengua: uno más arcaico (y que por tanto se supone más fiel al original berceano), y otro más de acuerdo con las normas de la *scripta* castellana que se fue difundiendo desde fines del siglo XIII» [15]. A continuación describe el sistema fonológico y la relación entre sonidos y grafías del castellano de la Rioja en el siglo XIII [15-21], su morfología [21-25] y, finalmente, aspectos léxicos [25-27].

El estudio de Manuel Alvar, «Gonzalo de Berceo como hagiógrafo» [29-59], es el más extenso. Está provisto, además, de abundantes notas críticas [51-59]. Distingue desde el inicio en Berceo entre la narración de *Milagros* y las *Vidas*; «no se trata de temas diferentes, sino de un modo distinto de hacer literatura» [30]. Destaca el universalismo de los primeros, que pertenecen a una tradición europea de

la que Berceo no quiere apartarse, frente al localismo de las segundas, en las que el santo —sin perder su dimensión trascendente— se encuentra perfectamente inmerso en un tiempo conocido y en un lugar próximo o incluso inmediato al receptor de los textos.

El hagiógrafo es un autor culto, con conciencia de tal, que quiere hacer una obra popular para edificar mediante el ejemplo inmediato del hombre o mujer virtuoso y alimentar «un afán de superación dirigido hacia fines espirituales. Como se ha dicho de diversos modos, la imitación de Cristo en las virtudes de los bienaventurados o la presencia de su voz en las criaturas elegidas» [31]. Los motivos propagandísticos que se han sugerido para las hagiografías de la época son algo ajeno al género, en todo caso intrusiones *a posteriori* que no hacen sino desvirtuarlas [31]. Esa última intención condiciona la configuración del texto: lengua romance, verso (para la lectura en alta voz) y actitud y recursos propios de juglaría [32-38].

En las *Vidas* Berceo cuenta a gentes de toda condición —pero de un tiempo y un lugar concretos— los hechos de unos personajes que les resultan próximos (San Millán, Santa Oria y Santo Domingo, especialmente). Son santos locales, enraizados [40] y en ellos conviven al mismo tiempo lo cotidiano —tan familiar a los destinatarios de las obras de Berceo— y lo sobrenatural. Alvar ejemplifica la tarea hagiográfica de Berceo con la Vida de Santa Oria [41-46], compuesta a partir del relato de Muño, que pudo conocer a Oria, compuesto sólo unos ciento treinta años antes de la redacción del poema de Berceo [41]. Éste ha sido compuesto «con los elementos imprescindibles, pero históricamente comprobados. Después, unas visiones válidas para cien santos de cien pueblos distintos y de cien tiempos diferentes» [45] y en él conviven lo exagerado y lo realista.

«La intensificación del realismo da acercamiento a esas figuras (el rey, el santo, los monjes) de las que el pueblo no se siente alejado y entonces escucha la voz de Dios en los bienaventurados, que son un ideal de vida que debe imitarse» [47-48]. «Berceo (...) está en un eslabón final de una cadena que empezó siendo oral (cuando se contó una vida prodigiosa) que se fosilizó en las relaciones latinas, y que él hace ser simultáneamente escritura (en los textos que transmite) y oralidad (en la comunicación de los textos)» [49].

En conjunto el estudio de Alvar es sugerente, aunque sería deseable un mayor orden en la exposición de la idea que quiere ser el hilo conductor del estudio: Berceo al servicio de una religiosidad popular.

Víctor García de la Concha trata aspectos teológicos en «La Mariología en Gonzalo de Berceo» [61-87]. Más de un tercio de las estrofas escritas por Berceo son de tema mariano [61]; no es casual ni se trata de un fenómeno aislado sino que Berceo hereda una rica tradición doctrinal mariana que en los siglos inmediatamente anteriores cuenta con aportaciones tan valiosas como las de Fulberto de Chartres, San Pedro Damián, San Anselmo y, sobre todo, San Bernardo [62-63], cuyas obras conoce bien y de cuyas enseñanzas se hace eco en sus poemas, que son al mismo tiempo obras de devoción y de catequesis. Así, «los *Loores de Nuestra Señora* son, en realidad, un gran compendio de la Historia de la salvación» [65], en los que se afirma el papel corredentor de María despreciando la tradición de los apócrifos y fundándose en la Escritura y en la exégesis patristica común [68]. Al servicio de la misma idea está *El duelo que fizo la Virgen María el día de la Passión de su Fijo Jesuchristo*, que pertenece al difundido género de la *compassio Mariae* [72], pero que aquí tiene una gran carga doctrinal: está dedicado a contemplar en detalle la base del título y del ejercicio de la corredención de la Virgen [71-72].

Los *Milagros de Nuestra Señora* van más allá; constituyen un auténtico evangelio de María, la buena nueva (*un buen aveniment*) sobre la base de su función en la Historia de la salvación [73]. Sin embargo, Berceo no es un teólogo; quizá su exposición parecería pobre a la mirada exigente de un intelectual de hoy; sin embargo, avanza seguro por la vía de encuentro con la cultura religiosa popular [84], la de sus lectores y oyentes.

En «Las obras doctrinales de Berceo», [89-111] José Fradejas Lebrero nos aproxima a los *Signos que aparecerán antes del Juicio Final* [89-99], los himnos [89-100], y *El Sacrificio de la Misa* [100-111].

No tenemos manuscrito antiguo de los *Signos*, que se encuentra sólo en el Códice de Ibarreta, fols. 97v-102r. «Obra típicamente didáctica, profética y apocalíptica» [89], escrita quizá como repercusión de la doctrina de Joaquín de Fiore y de los *spirituali*» [89].

Describe formalmente el poema [90], destacando el simbolismo del número de estrofas (77). Brevemente caracteriza la literatura apocalíptica desde sus orígenes veterotestamentarios (Daniel y Joel) hasta las doctrinas de Joaquín de Fiore y las revelaciones de Hildegarda de Bingen [90-93]. Asimila la época de composición del Apocalipsis (tiempo de terrible prueba para los primeros cristianos bajo las persecuciones) a la Edad Media [92] lo que me parece exagerado, así como

su insistencia en el miedo, dando a entender que es algo constitutivo de la cultura medieval: «No era preciso leer el difícil Apocalipsis, eran tan frecuentes e insistentes las lecturas en la liturgia que hasta los analfabetos (...) sienten su enorme trascendencia: que el miedo, el diablo y el infierno se palpan entre todos los estamentos medievales» [92]. Describe el contenido del poema [93-94] e identifica sus fuentes [94-97] siguiendo a Pensado, Dutton y Marchand.

A propósito de los himnos, hace una brevísima historia de la himnodia cristiana, admitiendo a San Ambrosio como su creador [99]. Berceo traduce tres himnos: el *Veni Creator Spiritus* y el *Ave Maris Stella*, de la época carolingia, atribuido ya a San Bernardo, ya a Fulberto de Chartres [99-100]. Y el tercero, *Christe, qui lux es et die*. «Berceo es el iniciador de esta moda, que fue muy parca durante la Edad Media: solamente *Te Deum laudamus*, traducido (siglo XIV) en el Oficio de Santo Tomás en aleluyas y pareados fluctuantes (...) y en el siglo XV, por Fernán Pérez de Guzmán (...) un tercer himno del Breviario romano parece haber sido traducido por Juan del Encina: el *Vexilla regis*, de Venancio Fortunato» [100].

*El Sacrificio de la Misa*, escrito entre 1236-1246, es el más antiguo tratado —y único en verso— en lengua romance sobre la Eucaristía en el siglo XIII. Su intencionalidad es popular [101], pero quizá los destinatarios eran clérigos ignorantes del latín. El poema es efectivamente una exposición de la Santa Misa, interrumpida por ampliificaciones de tres tipos: históricas, simbólicas y doctrinales [103]. Son frecuentes las repeticiones. Lo compara con los tratados análogos del Tostado y fray Hernando de Talavera (s. XV). Es interesante la apreciación que hace del valor ternario de los tipos que aparecen en *El sacrificio* (Antiguo Testamento, Nuevo Testamento, Santa Misa) [104-106]. Se refiere también, aunque de forma algo confusa, al empleo de figuras retóricas [107-108] y a a las fuentes [108-111].

El conjunto de la obra resulta de gran utilidad, tanto para el ameno lector como para el estudioso, si bien no evita la consulta de las respectivas ediciones críticas. Se echaba en falta una edición de la Obra completa de Berceo, que ha venido de la mano de expertos conocedores de la misma, merced a una buena labor de equipo, coordinada por la Dra. Uria, de la Universidad de Oviedo.

Francisco Crosas  
Universidad de Navarra